

MONSIVÁIS CATEQUISTA

SERGIO PITOL

En una entrevista aparecida hace pocos años, Isaiah Berlin, uno de los últimos humanistas en el sentido clásico, abierto como pocos al pensamiento universal, traductor al inglés de eminentes filósofos alemanes, de los novelistas rusos del gran período, de pensadores italianos del Renacimiento, nos deja entender que el cosmopolitismo, tal como se manifiesta hoy día, es el destructor más nocivo de la cultura, puesto que ha convertido el mundo en un inmenso desierto de vulgaridad y monotonía, en una igualitaria planicie de estulticia. Observaba que donde no existe una cultura propia la recepción se reduce a un mero trámite imitativo apto sólo para captar lo más banal del modelo que se pretende absorber. Sólo donde existe una cultura gestada por la tradición se pueden asimilar los saberes universales. ¿Qué ocurriría? ¿Se habría convertido el viejo ciudadano del mundo en un costumbrista, en un protector de los usos y de las glorias del terruño? Sin embargo, es difícil imaginar una mente menos aldeana que la suya. Nadie como él ha combatido los sueños nefastos de un nacionalismo espiritual. Los críticos postmodernos consideraron al anciano maestro como una reliquia del pasado. Hablar de culturas nacionales en un mundo regido por la globalización les parecía un absoluto disparate.

Pues bien, si se trata de asuntos puramente literarios, y en concreto del lenguaje literario, mi experiencia de lector me ha convencido de que ninguna obra resulta perdurable si no se afirma en una tradición de lenguaje. Podrá haber una que otra excepción, claro.



No es que se le exija al escritor una vocación idiomáticamente cerrada; algunos autores nacidos y formados en espacios plurilingües cuentan entre los más extraordinarios de nuestro siglo: Kafka, Joyce, Flann O'Brienn, Beckett, Kuzniewicz, Isaac Babel, Canetti, de alguna manera Nabokov y Borges, donde las distintas lenguas cotidianamente empleadas tienden a potenciar aquélla que el autor ha elegido para expresarse literariamente. Antes de volver al tema del creador y a su afiliación a una determinada tradición lingüística, me permito citar dos párrafos de una semblanza escrita por mí hace poco del autor del *Nuevo catecismo para indios remisos*:

“No mucho después de conocernos, llegó Monsiváis a mi departamento en la calle de Londres, cuando la colonia Juárez no se convertía aún en Zona Rosa, para leerme un cuento terminado de escribir: “Fino acero de niebla”, del que recuerdo que nada tenía que ver con lo que en esa época era la joven literatura mexicana. Su lenguaje era popular, pero muy estilizado; y la construcción eminentemente elusiva. Exigía del lector un esfuerzo para más o menos orientarse. La narrativa escrita por mis contemporáneos, aun los más innovadores, resultaba más bien próxima a los cánones decimonónicos al lado de aquel fino acero. Monsiváis reunía en su cuento dos elementos que definirían más tarde su personalidad: un interés por la cultura popular, en ese caso el lenguaje de los barrios bravos, y una acendrada pasión por la forma, instancias que por lo general no suelen coincidir. Cuando después de la lectura le manifesté mi entusiasmo se cerró de inmediato,

como una ostra que tratara de esquivar las gotas del limón.”

Otra cita:

“Ambos leemos en abundancia autores anglosajones, yo de preferencia ingleses y él norteamericanos; pero se ha producido una benéfica contaminación. Hojeamos nuestros libros recién adquiridos. Yo hablo de Henry James y él de Melville y Hawthorne; yo de Forster, Sterne y Virginia Woolf y él de Poe, Twain y Thoreau. Ambos admiramos el humor inteligente de James Thurber, y volvemos a declarar que el lenguaje de Borges constituye el mayor milagro que le ha ocurrido en este siglo a nuestro idioma. En ese momento Monsiváis marca una leve pausa y añade que uno de los momentos más altos de la lengua castellana le es debido a Casiodoro de Reina y a su discípulo Cipriano Valera, y cuando, desconcertado ante aquellos nombres, le pregunto: ¿y éstos quiénes son?, me responde, escandalizado, que nada menos que los traductores de la Biblia al español. Aspira, me dice, a que algún día su prosa muestre el beneficio de los innumerables años que ha dedicado a leer y aprender los textos bíblicos; yo, que soy lego en ellos, comento bastante encogido que la mayor influencia que registro por el momento es la de William Faulkner, y allí me da jaque mate al aclararme que el lenguaje de Faulkner, como el de Melville y Hawthorne, están profundamente marcados por la Biblia: son una derivación no religiosa del Lenguaje Revelado.”

La tercera cita proviene del propio Monsiváis. La he extraído de su *Autobiografía precoz*, escrita y publicada en 1966:

“Mi verdadero lugar de formación fue la Escuela Dominical. Allí en el contacto semanal con quienes aceptaban y compartían mis creencias, me dispuse a resistir el escarnio de una primaria oficial donde los niños católicos denostaban a la evidente minoría protestante, siempre representada por mí. Allí, en la Escuela Dominical, también aprendí versículos, muchos versículos de memoria y pude en dos segundos encontrar cualquier cita bíblica. El momento culminante de mi niñez ocurrió un Domingo de Ramos cuando recité, ida y vuelta contra reloj, todos los libros de la Biblia en un tiempo récord: Génesis, Éxodo, Levítico, Números, Deuteronomio, etcétera, etcétera.”

Eso explica de alguna manera la excepcional textura de la escritura del autor, sus múltiples veladuras, sus reticencias y revelaciones, los sabiamente empleados claroscuros, la variedad de ritmos, su secreto esplendor. Monsiváis no leyó únicamente durante su niñez y juventud la traducción reformada de la Biblia,

sino también los comics de la época, las biografías en serie de Emil Ludwig y Stefan Zweig, las traducciones, por lo general farragosas, de la narrativa norteamericana de izquierda: Upton Sinclair, Dreisser, John Dos Passos, Steinbeck, las novelas policiales del género negro, en especial las de Dashiell Hammet, así como la poesía en lengua castellana, desde la medieval hasta la contemporánea. El lenguaje bíblico tuvo que aceptar, me imagino que no sin resistencia, ritmos y palabras que en su mayor parte le eran antagónicos; su superficie se revistió con una tonalidad ajena que progresivamente lo fue permeando. La pasión ya manifiesta desde entonces por la cultura popular logró penetrar e incorporarse al edificio majestuoso construido por Casiodoro de Reina. Tal vez por ello, aquel inicial “fino acero de niebla” resultaba diferente a lo que entonces se estilaba en México, de la misma manera que todo lo que desde entonces ha escrito resulta diferente a lo que escribimos los demás. El fuego de revelación que yace en el interior de la palabra sagrada logra poner en movimiento todas las energías de su lenguaje.

Si se compara el esplendor de las novelas decimonónicas de la Nueva Inglaterra con las que en esa misma época se escribieron en nuestro idioma, estas últimas quedan disminuidas al instante. La sola idea de establecer una analogía nos produce un agobio y una disminución escalofriantes. Por un lado *Moby Dick*, *La letra escarlata*, *La caída de la casa Usher*, *La vuelta de tuerca*. Del otro lado, *Don Gonzalo González de la Gonzalera*, *El buey suelto*, *Pequeñeces*, *Morriña*. Las primeras, como me decía Monsiváis hace cuarenta años, son una prolongación de la palabra revelada; las de nuestro idioma surgen de la nada. Tras ellas hay dos siglos de Contrarreforma, donde en vez de la Biblia sólo se leían sermones. Hay, desde luego, dos excepciones inmensas: Galdós y Clarín.

Parecería que hago proselitismo religioso. No es para nada el caso. Me refiero sólo a la potencialidad que presta a una escritura su raigambre en alguno de los momentos de mayor esplendor del idioma. Monsiváis logró esa conexión con el lenguaje insuperable que Casiodoro de Reina creó a mediados del siglo XVI. Otros lo han hallado en Cervantes, en Tirso, en Lope o Calderón, en Quevedo y Góngora, en Bernal Díaz del Castillo, en Darío, y luego afinado en Vallejo y Jorge Guillén, en Valle-Inclán, Neruda, López Velarde, Borges, Cernuda o Paz. Cuando no se da el encuentro con ese gran idioma la literatura se ensombrece.

Al mismo tiempo, me imagino que la hazaña que Monsiváis realizó un domingo triunfal en que en pocas horas recitó de memoria, versículo a versículo,

los libros sagrados, la han logrado otros infantes. Mark Twain relata que un compañero de Tom Sawyer recitó de memoria en la Escuela Dominical de su pueblo veinticuatro mil versículos y a los pocos días enloqueció para siempre. Puedo imaginar que triunfos semejantes habrán regocijado también a otros niños que más tarde serían sastres, elevadoristas, médicos o financieros, sin que ese logro de la memoria los impulsara jamás a crear un texto literario. Escribir es, pues, un resultado del azar, del instinto, un acto involuntario, en fin, una fatalidad. Monsiváis, por todo ello, estaba destinado a ser escritor. Pero lo hubiera sido de modo muy diferente si su oído no se hubiera adiestrado desde la niñez en la poderosa lengua de Casiodoro de Reina, el español del siglo XVI.

Y así llegamos al *Nuevo catecismo para indios remisos*, ese triunfo del estilo, que se recrea en los duros tiempos en que la Nueva España se transformó en un escenario donde, con fervor, con denuedo, con piedad extrema, pero también, ¿por qué no decirlo?, con poco cerebro y frecuentes llamaradas de demencia la Catéquesis hizo su aparición en los territorios recién conquistados. Nos encontramos en un laberinto donde lo lúdico va de la mano con lo sagrado, donde la razón y la fe y la retórica que sostiene esa fe caminan abrazadas. Es, desde luego, un homenaje consciente a Casiodoro de Reina y a su lenguaje, el que a veces aparece como tal y también como su parodia. Un lego como en estos terrenos se sabe de antemano perdido. Hay frases de magna extravagancia que al introducirse en un párrafo recuerdan el sabor o el sonido del castellano antiguo. En una, Huitzilopochtli le grita a una de sus devotas: “eres para mí como escoria de plata sobre el tiesto”. En otra: “Hermanos, es mi deber alejaros de la tribulación y el fuego. El Armagedón se acerca. No vituperen las potestades superiores y arrepíentense a tiempo. Ya las ovejas son requeridas.” En verdad, no importa saber qué palabras o frases proceden directamente de los textos bíblicos y cuáles no; la voluntad de estilo del autor lo concilia todo. En este libro de milagros, conjuros, prodigios, hechizos, supercherías e ineptos exorcismos, de santos y pícaros que simulan o de buena fe creen ser santos, o de personajes que son, como en los Autos Sacramentales, entidades abstractas que debaten entre sí como la Vaca Sagrada y la Mentira Piadosa, el Halo, el Rezo, el Pecado y la Penitencia, todo se vuelve placer para el oído y asombro para la razón. Tal vez sólo un laico con amplio bagaje cristiano podría haberse acercado con tanta inocencia a las manifestaciones externas del mundo religioso, con el mismo extrañamiento con que un

cronista se acerca a su tema, lo observa, escucha tanto a los protagonistas como a los testigos, y luego da su propio testimonio sin creer ni descreer demasiado a lo visto u oído.

Son varios los registros que Monsiváis maneja en este libro perfecto: uno, el abstraerse de la razón teológica para concentrarse en la manifestación retórica del debate; otro, más entrañable, la crónica de los infortunios de estos siervos del Señor llegados a tierra de Indios, donde, la verdad sea dicha, no logran dar una, pues tanto su fe como la estrategia trazada para convertir a ella a los conquistados se estrellan ante los misterios de la nueva tierra y el infinito laberinto de intereses, prestigios, manías y caprichos tejido por la maquinaria eclesiástica y la administrativa. Se trata de fábulas de perdedores, ya que si preladados, arcedianos, monjes de distintas órdenes y catequistas no lograban orientarse, ¿qué se podía esperar entonces de los indios, tanto de los sumisos como de los remisos, ontológicamente mareados por la súbita irrupción de tantas deidades, potestades y enigmas sacros? Si lograban no sucumbir a la espada de los militares o al hierro candente del encomendero, la hoguera inquisitorial paciente y hasta desganadamente los aguardaba, pues sabía que en cualquier momento los acogería en su seno. ¿Cómo responder con estricta ortodoxia a los areros interrogatorios de los confesores? ¿Cómo entender en el pésimo otomí y en el más que rupestre náhuatl del sacerdote gallego o extremeño, que en cosa de semanas había estudiado y creído dominar esas lenguas bárbaras, el oscuro organigrama de la Santísima Trinidad, el cual, como sabemos, ni explicado en la lengua más clara deja de oponer escollos a la comprensión? Los cronistas del siglo XVI ofrecen testimonios de esos desencuentros. A grandes rasgos recuerdo el funesto destino del fervoroso Amatecatl, Juan de Dios Amatecatl después del bautizo, quien convertido a las nuevas enseñanzas y deslumbrado por ellas recorrió caminos proclamando las nuevas bellezas teológicas, confundiendo y aglomerando de paso, Tonantzintla *more*, dos o tres o más episodios. Contó a quien quiso oírlo que la Santísima Trinidad eran una y tres y todas las personas divinas existentes. “Es Dios Padre y Dios Hijo -dijo- y es Eva y Adán y también un Dios Paloma y una Serpiente que ofrece manzanas. Esos personajes prodigiosos engendraron el mundo y también a la gran Tenochtitlán, y le dieron valor y fiereza a sus hijos para poder ya pronto aniquilar a esos hijos de puta, los malditos tlaxcaltecas, y acabar su simiente para siempre”, añadiendo aún otras desvariadas razones que no tardaron en conducir al improvisado y arrobado exégeta a las llamas purificadoras. Y los que no morían en ellas eran

fulminados por el rayo de Huitzilopochtli o la fusta de Tezcatlipoca por haber puesto en duda la capacidad mágica de los viejos Dioses. Creyeran lo que creyeran, creyeran o descreyeran, su destino era el mismo: muerte por herejía, por blasfemia, por simonía, por sacrilegio, por apostasía, por posesión diabólica.

En este libro singular, el autor logra el milagro de conciliar un tono seco paródico con una curiosidad no carente de simpatía por aquellos catequistas llegados de lejanas tierras y sumidos en dudas terribles, tal vez por su inocencia, que los volvía blanco perfecto de castigos y escarnios y, también, por su casi total falta de luces.

La edición de Era, preparada con el gusto soberbio de Vicente Rojo, hace honor a las láminas de Francisco Toledo y añade fábulas nuevas, posteriores a las ediciones anteriores. Algunas se sitúan aún en el período colonial, otras tienen como marco el presente. En estas fábulas nuevas el relato se conta-

gia de una aceleración contemporánea y una gestualidad hamponesca. Sus protagonistas parecerían acólitos de los Grandes Señores de Almoloya. Del cambio de las épocas surge la nostalgia; el destrampe actual hace aparecer aquellas viejas fábulas como estampas severas revestidas de una noble pátina hagiográfica: la vecindad con lo moderno las inmoviliza y eso le proporciona al *Nuevo catecismo* una nueva arquitectura y lo carga de una tensión diferente. Si en las primeras fábulas rige una contenida forma paródica, en las nuevas todo se convierte en vacilón, en festiva energía, en picaresca urbana, en hazañas desaforadas realizadas por pillastres dotados de imaginación y ayunos por entero de escrúpulos. Tal vez serán ellos quienes alcancen la Gloria, ya que los caminos del Señor, se nos ha dicho, son inescrutables.

El *Nuevo catecismo para indios remisos*, libro excéntrico entre los excéntricos, es también uno de los más perfectos con que cuenta la literatura mexicana

